

para él la justa recompensa de su fidelidad. Este mismo privilegio le servirá también de un eterno manantial de gloria.

Segunda parte: El privilegio de haber precedido á los Apóstoles en la carrera del martirio, es para Santiago el motivo de su gloria.

26. La prerogativa de preceder á los Apóstoles en la carrera del martirio es para Santiago una eterna fuente de gloria: *Cecidit ipse primus*. Para descubrir esta verdad bastará conocer los motivos de su martirio, enterarse de sus circunstancias, y seguir los efectos; y en caso de desechar estos diversos objetos, me parece que serán suficientes los honores hechos á sus cenizas, la celebridad de su sepulcro, la autenticidad de sus milagros, la generalidad de su culto y los elogios que ha merecido en todo tiempo.

27. Siempre fue Jerusalem enemiga de los Profetas. Santiago, pues, comenzó su carrera apostólica en esta supersticiosa, cruel é ingrata ciudad, y en ella es donde la debía concluir. Cargado con los trofeos que había erigido á la Religion, y vencedor de muchos pueblos á quienes había ido á buscar entre las *sombras de la muerte*, para conducirles á la *luz de la verdad*, reapareció en la capital de la Judea.

28. En ella reinaba un príncipe á quien Jerusalem miraba como su soberano, y Roma como su vasallo; esto es, Herodes Agripa, hijo de Aristóbulo, nieto de Herodes el Grande, que había hecho correr tanta sangre en sus Estados, y biznieto de Herodes Antipas, que en medio de sus pecaminosos excesos había sacrificado al *mayor de los hijos de los hombres*, Juan Bautista. Sentado Agripa sobre un trono vacilante que le habían confiado los romanos, como señores del mundo, era un rey dependiente y un monarca esclavo, siguiendo en el centro del judaísmo las impresiones de la idólatra Roma. Era celoso de su autoridad, la que no venia á ser mas que una pura fantasma; cuidadoso en agradar á los Césares, de quienes recibía las órdenes y temía el poder; cauteloso contra los judíos, en quienes conocía un genio inquieto, y cuyo odio, menosprecio ó revolución quería evitar; político por sistema; llano y popular por interés; cruel por complacencia, y en fin, susceptible á todos los sentimientos porque estaba dominado de todas las pasiones...

29. Una ciudad como la de Jerusalem, que era la contagiosa mansion de la corte, y en donde el príncipe, como enemigo del Cristianismo, observaba los pasos, los discursos y las acciones de

aquellos que se declaraban en ella por sus discípulos y apóstoles, no bastó de ningun modo para hacer aflojar el celo de Santiago. Con aquella noble libertad que desprecia los peligros, los tormentos y la muerte atacaba á la supersticion, descubría la impostura y la falsedad, condenaba el vicio y predicaba á Jesucristo. Al oír referir sus sucesos, se estremecía la Sinagoga, y se veía agitada con mil sospechas: empezó á murmurar contra él, y á meditar proyectos de venganza. Hasta los piés del trono llegó la voz de la nacion contra Santiago. Este era el primer perturbador de la tranquilidad pública: por lo mismo debía ser la primera víctima inmolada para el sosiego del imperio. Hé aquí, hermanos míos, el fogoso lenguaje del aborrecimiento. Ahora veréis los generosos esfuerzos del celo:

30. Hermógenes y Fileto, que eran dos hombres muy mañosos para seducir, y oráculos reverenciados, como sábios pretendidos, produjeron mil embustes bajo colores supuestos. La supersticion estaba encubierta con el velo de la piedad. Los encantos del prestigio y del error fueron presentados con el grato y favorable nombre de milagros... Y ¿qué es lo que opuso Santiago al peligro que amenazaba á la Iglesia? Lecciones y ejemplos de verdad á los de la impostura, que estaban revestidos con unas engañosas señales de incontrastables prodigios. Él fue el que asombró y aterró á los maestros del error. Él el que llevó á su pervertida alma los remordimientos de arrepentimiento con que los sujetó á la fe: *Magistros erroris convertit*. ¡Ah! ¿si será forzoso que un triunfo tan brillante llegue á ser un triste presagio para la Religion? Irritóse la envidia de los judíos, animóse su resentimiento, y encendióse el fuego de la sedicion. Santiago fue sujetado por las manos del furor, y conducido al tribunal de Herodes. Tal vez respetaria este al santo Apóstol; pero quería agradar al pueblo, y conservar su fortuna: *Videns quia placeret judæis*¹. Declaróse el primer perseguidor de la Iglesia: *Misit ut affligeret quosdam de Ecclesia*. Pronunció contra Santiago la sentencia de muerte. Murió por fin, y con su muerte llegó á ser el segundo mártir de la Iglesia, el primero entre los Apóstoles, y el único entre ellos de quien los sagrados Libros aseguran el martirio, habiendo este sido precedido por la conversion de su acusador.

31. Cuando anuncio á Santiago como el segundo mártir de la Iglesia, hablo con respecto á los anales de la Religion, al testimonio de san Jerónimo, y á los martirologios de la Iglesia griega. En

¹ Act. xii, 3.

las actas de la reciente Iglesia se refiere desde luego el martirio de san Estéban, y despues el de Santiago. San Estéban era poseedor antes que este de una corona que no tenia que repartir con ningun discípulo de Jesucristo; pero esta corona, indivisible hasta entonces, la dividió Santiago con él. Reunida y junta su sangre, compuso la dichosa y fecunda semilla que produjo un numerosísimo pueblo de cristianos. San Estéban y Santiago son, como dice san Jerónimo, las primicias de los Mártires: *Primitia Martyrum*. En la propia ciudad, bajo el gobierno del mismo príncipe, y casi á un tiempo espiraron ambos héroes. Su sangre convida, en cuantas partes hay en el universo, á los imitadores de su constancia. ¿Qué otra cosa son los Laurencios, los Potinos, los Vicentes y los Dionisios? Á la verdad que estos vienen á ser unos hombres á quienes otros mil héroes cristianos señalaron el camino de la virtud, y unos hombres, en fin, á los que san Estéban y Santiago abrieron primeramente la senda del martirio: *Primitia Martyrum*.

32. San Epifanio tiene por gran mérito en nuestro Apóstol el haber sido discípulo de Juan Bautista antes que de Jesucristo, y haber juntado la corona de la continencia á la del martirio. Todas estas alabanzas las adopta la Iglesia latina, pero la griega se atreve á disputarlas. No obstante, se impuso la obligacion de consagrarle un elogio, que respetan todas las Iglesias. Le cantan en sus oficios y todos los pueblos le repiten con ella diciendo: *Santiago es el primer mártir del Cristianismo despues de san Estéban: Alter post Stephanum martyr*. ¡Oh santa Religion, y cuántas esperanzas os deben dar unas víctimas semejantes! Cuando la cabeza de los diáconos regó con su sangre tu cuna, no te atrevas á creer que habias de encontrar discípulos capaces del mismo heroismo. Estéban os pareció un ejemplo mas á propósito para asombrar la tierra que para formar en ella imitadores suyos; pero cuando siguiendo los pasos del primer Mártir se atrevió otro á volar á la muerte, y cuando Santiago sacó con la sangre de Estéban una intrepidez capaz de menospreciar la rabia de los tiranos, creiste percibir ya en su ejemplo un presagio y un garante de lo que podrian en todos tiempos por defenderte los hombres verdaderamente celosos de tu gloria.

33. San Estéban sirvió de modelo á Santiago, y este á los demás Apóstoles... *Primus omnium Apostolorum subiit martyrium*. El primero de los Apóstoles padeció el martirio. Ved ahí el único título con que creyó san Juan Crisóstomo debía adornar el panegírico de Santiago. Él es el primer mártir entre los Apóstoles: *Primus omnium*.

Él es el primero que les manifestó su suerte, su fin y su recompensa. Él el primero que les enseñó, no cómo debian de vivir, obrar y combatir (respecto de que vivian segun él, como Santos, obraban como Apóstoles y peleaban como héroes), sino el modo de que habian de morir. Él murió antes que ellos: *Primus omnium*; y fue el primero que les enseñó que era preciso seguir á Jesucristo en el Calvario como sobre el Tabor; que era menester caminar á la gloria para los suplicios, y que sobre las abatidas *columnas de la Iglesia* levantaria esta su imperio, cimentaria sus triunfos y eternizaria su duracion: *Primus omnium*. El primero que les manifestó el fruto que debian esperar, la corona que debian comprar y la victoria que debian conseguir. Santiago es apóstol como los demás. Su gloria es comun con ellos, y antes que todos consiguió la palma del martirio, y cuando aun no tenian mas que la esperanza de conseguirla. Este es su singular privilegio y su única gloria. Mirado bajo este respecto, es innegable que tiene la primacia sobre todos los Apóstoles. Á san Pedro es á quien toca la primacia del poder; á san Andrés la de la vocacion; á san Mateo la de los Evangelistas; á san Juan la del amor, y á Santiago el Mayor la del martirio, y el honor de ser en este particular la cabeza, guia, maestro y doctor de los Apóstoles: *Primus omnium Apostolorum subiit martyrium*.

34. ¡Admirable contraste por cierto entre los dos hermanos apóstoles Santiago y san Juan! El uno muere el primero, y el otro el último de los Apóstoles. Santiago abre el camino, y san Juan le cierra. El uno muere con sus compañeros para instruirles por medio de sus sufrimientos, y el otro les sobrevive para reproducirles en su ministerio. Santiago muere el primero para secundizar con su sangre á la Iglesia, y san Juan el último para defenderla con sus escritos.

35. Además de ser Santiago el primer mártir entre los Apóstoles, *Apostolorum proto-martyr*, es tambien el único entre ellos de quien nos haya transmitido el Espíritu Santo la memoria del martirio: *Solus ille de cujus martyrio nos Spiritus Sanctus certos reddere voluit*. En efecto, en los sagrados Libros se encuentra el nombre de los otros Apóstoles, su vocacion, sus trabajos y sus triunfos; pero de ningun modo se halla en ellos su muerte. Es únicamente á la tradicion y no á la fe á quien debemos la relacion de ella. La fe nos enseña que san Pedro estableció su silla en Antioquía, que san Pablo fue el doctor de las naciones; Santiago el Justo habló en el primer concilio; san Andrés fue el primero en seguir á Jesucristo por

las riberas del mar de Galilea; santo Tomás se convirtió en el cenáculo, y que san Felipe asistió á la milagrosa multiplicacion de los panes en el desierto; pero la tradicion únicamente es la que nos instruye sobre la muerte de san Pedro y san Pablo en Roma; sobre la de Santiago el Justo en Jerusalem; de san Andrés en la Acaya; de santo Tomás en las Indias, y de san Felipe en la Frigia. Su martirio no es para nosotros mas que el objeto de una piadosa creencia; mas Santiago es el único cuyo martirio sea para nosotros un objeto de fe. *Solus*. Esta, pues, sale por fiadora del tiempo en que se verificó, los términos en que fue, y la ninguna duda que hay en ello. Herodes, dice el Espíritu Santo, hizo morir por medio del cuchillo á Santiago, hermano de Juan: *Herodes occidit Jacobum, fratrem Joannis, gladio*¹.

36. A esta fiel y sagrada relacion añade san Clemente Alejandro algunas circunstancias dignas de nuestro respeto, aunque no salga la fe por garante de ellas. Atendiendo, pues, al testimonio de este santo Padre, os debéis figurar á Santiago conducido por el odio y el furor á la plaza pública de Jerusalem. Hacedos el cargo de que el mismo lugar de su martirio llegó á ser de su mayor gloria. Considerad el milagro que precedió á su sacrificio. Este fue el de haber quedado sano un paralítico á la mas leve insinuacion de su voz, y no parando aquí el prodigio, se vió acompañar á su muerte una admirable conversion. De modo, que aquel que acababa de conducir á Santiago al tribunal de Herodes, aquel que habia tenido á mucho honor el haberle llevado cargado de cadenas al lugar de su suplicio, aquel orgulloso escriba que era un mercenario delator suyo, admirado del intrépido celo que manifestaba el santo Apóstol, llegó á ser un hombre nuevo y diferente en su creencia. Llamóle, pues, la gracia, vióse atormentado de los remordimientos, y se declaró cristiano. Este mismo deseaba con ansia el martirio desde aquel instante. El perseguidor de Santiago dividió con él su corona, y perdiendo la Iglesia un apóstol, adquirió á un mismo tiempo dos Santos.

37. Es de advertir que el tiempo en que fija san Lucas la muerte de nuestro Santo es el mismo en que señala la época del arresto y prision de san Pedro. Un mismo dia, pues, era de triunfo y de duelo para la Iglesia. El martirio de un apóstol redundó en gloria suya, y el cautiverio de otro era para ella una verdadera desgracia. Al paso que concedía al primero su veneracion, se llenaba de senti-

¹ Act. xii, 2.

miento por el segundo. Creia que Santiago gozaba de la gloria, y se honraba á sí misma con esta consideracion: sabia por otra parte que la tenia mucha cuenta el que aun viviese san Pedro sobre la tierra, y sentia su prision. Celebraba la victoria de aquel, y reclamaba la libertad de este. Dividida de este modo entre dos sentimientos tan opuestos, se entregó la Iglesia á la alegría y al terror. Deja no obstante, Iglesia de mi Dios, deja esos sentimientos. Entrégate á la justa alegría que debes tener. Ya se rompen las cadenas de san Pedro; ya se abre su prision; ya vuelve otra vez á ser tuyo, y habiendo redundado en gloria tuya, la de Santiago te va á ofrecer un conjunto de maravillas de que todavía no has tenido ejemplo.

38. ¿Es cierto, hermanos míos, de que Hermógenes y Fileto, discípulos ambos de Santiago, ocultaron su precioso cuerpo á las vivas diligencias é indagaciones de sus enemigos? ¿Es cierto que después de haber confiado á las olas de la mar este sagrado depósito, le pudieron llevar milagrosamente á una tierra extraña para que le sirviese de sepulcro? ¿Es cierto que antes de su muerte habia anunciado Santiago, como profeta, que sus cenizas serian transportadas á España? Yo bien conozco que no faltan autoridades, aunque ninguna de la mayor opinion, con que se puedan disputar estos diferentes hechos, y se llegue, aunque sin justificarles, tal vez á combatirles. El celo indiscreto decide sobre suposiciones: el que es sábio no sentencia sino con relacion á la verdad.

39. Esta da lugar desde luego para asegurar que muchos pueblos se alaban de poseer las inanimadas reliquias de Santiago, y que no obstante esto, es uno solo el que las tiene. Sus sagrados huesos fueron llevados desde Jerusalem á España. La verdad puede garantir este acontecimiento, porque la historia lo atestigua así, la crítica lo respeta, y la Iglesia lo publica. Esta es la inteligencia en que se ha estado en todos tiempos.

40. Tres ciudades se conocen en la Iglesia cristiana, cuales son Jerusalem, Roma y Compostela, que fueron muy ilustres por el concurso de los fieles. En Jerusalem se visita con fe y respeto el sepulcro de Jesucristo. En Roma se ve que el celo y la piedad concurren al sepulcro de san Pedro y san Pablo. En Compostela atrae la confianza sobre el sepulcro de Santiago á todos los pueblos de la tierra. Yo no extraño que este concurso siempre nuevo é igual haya podido excitar la irrision de los herejes; pero lo que Juan Hus y Jerónimo de Praga llaman fanatismo, y lo que Lutero y Calvino lla-

man superstición, lo autoriza, consagra y reverencia la Iglesia, empleando contra las imputaciones de los novadores los mismos discursos y razonamientos de que Teodoreto se valia contra los incrédulos de su tiempo. ¡Oh Iglesia compostelana, tan olvidada anteriormente! ¡Cuánta brillantez te ha comunicado el rico tesoro de que eres depositaria! Iria te daba la ley, y ahora eres tú el que se las das. Tú dependias de sus pontífices, y ahora dependen de los tuyos; y como Augusta metrópoli posees una basilica aun mas preciosa que ella; basilica cuyos privilegios mereces á los romanos Pontífices, la decoracion á los Reyes de España y la primacía al concilio general de Letran.

41. Allí es, hermanos míos, á donde la gloria y poder de Santiago llevaron, segun se dice, en el siglo VIII á aquel famoso príncipe Carlo Magno, que era el terror de la Europa, el defensor de la Iglesia y el padre de la Francia. Allí es donde á ejemplo de los mas grandes potentados del universo acudió en el siglo IX Alfonso II, rey de España; el famoso Godescalco en el X; san Simeon Eremita y san Teobaldo en el XI; el bienaventurado Alberto, san Guillermo, san Morando, y Sofía, condesa de Holanda, en el XII, y en otros diferentes siglos reyes y reinas, pontífices y sacerdotes, sábios y santos: en una palabra, gentes de todos estados, sexos y naciones.

42. Esta reputacion, concurso y celebridad tienen su causa y principio. El primer homenaje que se hizo á las reliquias de Santiago fue un tributo del reconocimiento. Habia recibido la España de él grandes beneficios, y ella le tributó honores. El origen de una confianza tan grande dimanaba de grandes milagros.

43. Yo no quiero, como otros, hermanos míos, detener vuestra consideracion con la pesada enumeracion de mil prodigios mas bien sospechosos que averiguados, y mas propios para favorecer la malicia de los herejes y las dudas de los incrédulos que para alimentar la piedad de los fieles. Á nosotros se nos echa muchas veces en cara una supersticiosa, ridícula y pueril credulidad, porque tal vez en alguna que otra ocasion autoriza el celo indiscreto estas fútiles y oscuras calificaciones. Lo que no tiene duda es, que por la intercesion de Santiago se han obrado una infinidad de milagros. Pero nosotros no admitimos sin exámen cuantos la ignorancia cita sin prueba. En este caso seria tanta temeridad el producirles, como dificultoso el justificarles. Vosotros, oyentes míos, no observaréis en la pintura de Santiago sino únicamente aquellas maravillas que

han recogido cuidadosamente y con la mayor formalidad, y atestiguado las ciudades, provincias y reinos; los príncipes, reyes, soberanos pontífices, historiadores, sábios y santos; y en fin, un Vicente de Beauvais, un Gilberto, abad de Nogent, un Cesario Heisterbaco, un venerable Beda y un Fortunato de Poitiers.

44. Á vista de esto quiero que dudeis si bajo la proteccion de Santiago ha recobrado la inocencia, la reputacion y la vida cuando acababa de padecer un suplicio infame: si bajo el inanimado cuerpo de Santiago se humillaron las olas de la mar para conducirle al lugar de su destino; pero guardaos de negar que por su socorro é intercesion han obtenido los cristianos cautivos bajo la tiranía de los moros su libertad; que en el reino de Leon hizo se dejase ver un sol benéfico que mudó la esterilidad en abundancia; que por la mediacion de nuestro Santo experimentó la república de Venecia que cesase repentinamente un diluvio, cuyos horrosos desagües parecia que la debia causar irremediamente su ruina; y en fin, que á su proteccion atribuyen las Indias la célebre jornada de Goa, tan fatal al mahometismo, como gloriosa á la religion cristiana.

45. Desde luego podeis asegurar tambien que la militar Orden de Santiago establecida en España tomó su origen de mil señalados beneficios que de él habia recibido. Asegurad, así bien, que los reyes de España Ramiro, Fernando y Alfonso tributaron á este Apóstol infinitos homenajes por las mas brillantes victorias, y que con los votos hechos al templo consagrado á su nombre manifestaron los eternos monumentos de su reconocimiento.

46. Ya hacia mucho tiempo que Fernando II mantenía contra los sarracenos una continua y funesta guerra. En un desigual combate cayó este Príncipe bajo el número y fuerzas de sus enemigos. Por todas partes se descubria el peligro en que estaban su vida y Estados. Por fin, al cabo de algun tiempo que estaba indecisa la victoria, se declaró á favor de los infieles. Pero ¡oh prodigio del Altísimo! Desde la mansion de la gloria llevó Santiago á aquel consternado Monarca el *ramo de la oliva*. Parecia que esta señal, como defensora de España, caminaba al frente de sus tímidos batallones. Con una guia tan prodigiosa caminaba Fernando de suceso en suceso. Sus nobles esfuerzos infundieron el terror en la armada musulmana. El furioso enemigo no podia resistir al invencible valor que le atacaba y perseguia, como que el cielo y Santiago peleaban por España. Venció Fernando; y de aquel formidable poder que

ejercían los moros con tanto orgullo en un reino donde habían sido introducidos por la perfidia, no quedan ya mas que débiles despojos, que bajo la proteccion de Santiago y en diferente siglo exterminó y disipó otro Fernando. En esto consiste la fama de aquellos milagros que lleva la gloria de nuestro Santo con la celebridad de su sepulcro y la brillantez de su culto á todos los climas.

47. El culto de nuestro Santo, pues, es casi tan antiguo como él mismo. Es imposible, como dice san Epifanio, señalar la época del primer templo que le consagró Jerusalem en el lugar donde se cree que sufrió el martirio. ¡Y cuántos están consagrados á su nombre en las cuatro partes del mundo! No hay casi ciudad en España, Italia, Francia, Alemania y Flandes en donde no le hayan erigido sus altares. Entre los moscovitas ya se conocían algunos, casi antes que otra ninguna nacion los tuviese; la Iglesia griega celebraba particularmente la fiesta de Santiago, cuando la latina la confundía ó equivocaba con la de los otros Apóstoles. La gloria de nuestro Santo estaba ya extendida por todo el Oriente, cuando estaba el Occidente todavía haciendo inútiles indagaciones para descubrir sus cenizas. En tiempo de san Agustin estaba este culto autorizado en la iglesia de Cartago. En la Iglesia galicana se habia aprobado ya en el de Carlo Magno. En el de Carlos el Calvo estaba generalmente establecido. La Inglaterra conserva á Santiago el respeto que no tributa ya á otros muchos Santos. Sus altares y su culto subsisten todavía en aquel reino á pesar de las innovaciones de un cisma que condena cuanto la Iglesia aprueba. Mas ¿qué puede pretextar un pueblo cristiano para no reverenciar á un Santo que es el primer mártir entre los Apóstoles, el segundo del Cristianismo, y, en una palabra, un mártir de quien el Espíritu Santo ha dado las mas respetables pruebas por la relacion que no se ha desdeñado trazar de él? ¿Cómo era posible que la gloria de Santiago publicada en las sagradas Escrituras tuviera ociosa la elocuencia de los santos Doctores, y no mereciese los elogios de la Iglesia y se atrajese el homenaje de todos los siglos? Su nombre se ha hecho célebre en las historias de todas las naciones, en las iglesias de todo el universo. Por todas partes se repiten las magníficas alabanzas que hemos dado á la santidad de su vocacion, á la singularidad de sus privilegios, á la inmensidad de su celo, á la primacía de su martirio, á la continuacion de sus milagros y á la universalidad de su culto; y las confirman Tertuliano, Orígenes, Anastasio, Hilario, Ambrosio, Crisóstomo, Agustin, Gregorio, Pedro Crisólogo,

Epifanio, el beato Eusebio, Alejandro III, Guillermo de París y san Carlos Borromeo. Tal vez se habrán dado igual número de elogios al sepulcro de Santiago que al apostolado de san Pablo.

48. ¡Oh hermanos míos! no olvideis jamás que el ángel titular de este templo debe en parte la brillantez de su celebridad al privilegio de haber sido el primer mártir entre los Apóstoles: *Cecidit ipse primus*. Con este título es con el que he manifestado su mérito y su gloria en un panegírico del que me he encargado con otro tanto mayor celo, cuanto á mí mismo me es mas precioso su nombre, que vosotros estimais tambien infinito... Santiago abrió á los Apóstoles el sangriento camino del martirio. Así, pues, debe dirigir á todos los cristianos por la amarga carrera de los sufrimientos. La vida y muerte de este Santo han sido una continuacion de pruebas, de contradicciones y de suplicios. Nosotros ya no tenemos estos que temer. Ya no hay mártires ni tiranos. Pero ¡cuántas pruebas y contradicciones se hallan en la mas dichosa y pacífica vida! ¡Cuántos reveses de fortuna! El mundo es el centro de las revoluciones, y siempre debemos temer que á cada paso se nos renueven. Para sobrellevarlas con paciencia y humildad imploremos el socorro de un Santo que no solo es nuestro modelo, sino nuestro protector. Pidámosle que, para beber una parte del cáliz que él bebió hasta en su mayor amargura, nos consiga un rayo de aquel hermoso fuego que animó su caridad, su celo y su constancia. ¡Quiera Dios que á tantos milagros como confirman su poder se añada el de nuestra santificacion! Es necesario imitar á los Santos en la tierra para reinar con ellos en el cielo. Amen.

ASUNTOS

PARA LA FIESTA DE SANTIAGO EL MAYOR.

I. *Dic, ut sedeant hi duo filii mei, unus ad dexteram, et unus ad sinistram in regno tuo.* (Matth. xx). Tres son los reinos de Cristo, el cielo, la tierra y la Iglesia, y tres son ciertamente sus tronos; trono de justicia, de gloria y de gracia; y junto á estos tronos se admira sentado al apóstol Santiago, conforme al ambicioso deseo de su madre. Está sentado: 1.º en el reino del cielo sobre un trono de justicia; 2.º en el reino de la Iglesia sobre un trono de gloria;